traductores procesan el significado no literal de algunas expresiones metafóricas midiendo con un *eye-tracker* el número de fijaciones sobre estas expresiones. De este modo, la autora pretende averiguar si los traductores profesionales invierten un mayor esfuerzo cognitivo en la traducción de metáforas. Se presupone en este caso una fijación de mayor duración debido a la necesidad de encontrar la estrategia de traducción más adecuada para traducir una expresión metafórica en la lengua meta, es decir, es necesario valorar si traducir la metáfora en los mismos términos, buscar una metáfora culturalmente equivalente o traducir su significado literal.

Finalmente, en el capítulo 10, "Distribution of attention between source text and target text during translation", Kristian T. H. Jensen muestra un estudio basado en *eye-tracking* y *keylogging* con objeto de investigar los cambios de atención durante los procesos de comprensión del texto origen como de producción del texto meta en estudiantes de traducción y traductores profesionales. Con ello, es posible determinar segmentos de atención que permitan saber si la traducción es una actividad secuencial o paralela, es decir, si la traducción de una unidad en el texto meta tiene lugar una vez que se ha comprendido la misma unidad en el texto origen o si, por el contrario, la comprensión es simultánea a la producción.

En definitiva, la obra recopila las más recientes investigaciones en el campo de la ciencia cognitiva aplicada a la traducción, especialmente mediante técnicas empíricas de introspección y retrospección, así como mediante pruebas experimentales con *eye-tracking* y *keylogging*. Es un libro muy sugerente y cauto en la generalización de sus hallazgos acerca de los procesos cognitivos que tienen lugar durante la traducción y que contribuye a describir el estado de la cuestión en materia metodológica, dando pie a futuras investigaciones de corte cognitivo.

Fouces González, Covadonga (2011). *La traducción literaria y la globalización de los mercados culturales*. Granada, Editorial Comares, 209 pp.

Carmen Montes Cano
Traductora editorial
montes@acett.org

La obra de Fouces González consta de una breve introducción, que incluye los agradecimientos a patrocinadores y mentores; de seis capítulos, cada uno con un número variable de apartados; y de unas brevísimas conclusiones. La cierran, además, siete páginas y media de bibliografía, que constituyen un catálogo de todos los nombres seguramente imprescindibles para quien se imponga la tarea de abordar cualquier empresa investigadora relacionada con la teoría de la literatura y temas afines.

En la introducción se indica que la obra «se sitúa en el debate actual de los estudios sobre la literatura, la traducción literaria y la creciente internacionalización de los mercados culturales...». Asimismo y a renglón seguido, leemos que «Hoy en día, las

nuevas industrias de la edición han puesto en circulación obras transnacionales que viajan traducidas...» —aunque también cabría invertir los términos de la inferencia y sostener, restableciendo la secuencia cronológica, que las obras aquí llamadas «transnacionales» se han convertido en obras internacionales o universales precisamente por estar traducidas, como muy bien dijo Saramago—, con lo que, se concluye, el territorio esencial de la actual civilización globalizada debería ser el de la traducción —como ya señaló en su día Umberto Eco— «en tanto mediadora responsable de esta circulación de los *saberes*».

Ya las primeras líneas inducen a pensar que Fouces González estudiará el entramado de relaciones entre esos tres fenómenos —la literatura, su traducción y la internacionalización de los mercados—, y que hablará *esencialmente* de traducción literaria, que aparece también como sinónimo de traducción editorial.

Se hace un recorrido histórico por las diversas fases de los estudios sobre traducción, desde la aproximación subversiva y lógica de Holmes, que cuestiona la posibilidad de una teoría integral y centra su atención en la práctica de la traducción, sin distinción a tal efecto entre la literaria y la no literaria; pasando por la teoría del polisistema de Even-Zohar hasta llegar a la aproximación holística y descriptiva del grupo de Lovaina y a los *Cultural Studies* de Bassnet, Lefevere, Lloyd y Tymoczko. Siguiendo a Even-Zohar, se abunda en el concepto de *sistema literario* y en la incorporación a los estudios de traducción de conceptos como *ideología* y *poder*, introducidos por la escuela de la manipulación del grupo de Lovaina. En este marco teórico —y, podría añadirse, también fuera de él—, la traducción se revela como un recurso crucial en literaturas jóvenes —que obtendrán con ella tejido literario y modelos discursivos— y en las literaturas de países pequeños o de lenguas minoritarias o *periféricas* —que completan y amplían así su repertorio—, pero también para las *hegemónicas*, las grandes lenguas de cultura y las grandes literaturas, que se difunden y asientan gracias a la traducción, como es sabido.

En el *sistema literario* del teórico israelí es central el concepto de *repertorio cultural*, sobre el que se vuelve a lo largo de algunos capítulos y del que forman parte las obras traducidas como sistema integrante del polisistema. En este ámbito y en virtud de su condición de bienes culturales, las traducciones deben analizarse teniendo en cuenta el contexto sociopolítico y cultural en el que ven la luz, por lo que es preciso considerar tanto las políticas editoriales como las relaciones de poder que se establecen según el peso cultural y literario de la lengua original y la de traducción. Más aún, siguiendo a Albaladejo en su concepción de la traducción como una actividad *interdiscursiva*, habría que analizar no sólo el original y la traducción en su contexto, sino también otros textos de los dos sistemas culturales implicados e incluso las traducciones del mismo original a otras lenguas, para realizar una descripción completa de una traducción a una lengua dada.

El marco teórico de la obra es, pues, el adecuado, y se recurre a él de un modo que podría parecer sólido de no apoyarse a veces en observaciones sorprendentes como que en España y Francia se traduce poco y que la traducción tiene allí una importancia secundaria, en la suposición de que el especialista que colabora con el editor en lo

referido a lenguas minoritarias «es a menudo un profesional del mundo universitario» o en la afirmación de que las traducciones publicadas por una misma editorial se parecen entre sí por la imposición normativa que el editor ejerce sobre el traductor.

Es una pena que, al hablar de la *autotraducción* como mecanismo de consagración literaria al que recurren autores de lenguas de menor circulación se citen unas palabras de Strindberg que no hemos podido encontrar en el original al que se atribuyen. En dicho original (una carta del 22 de abril de 1884, remitida desde Ouchy a su amigo el pintor Carl Larsson), Strindberg manifiesta su indignación contra Suecia por la censura y el escándalo que provocó en su país la publicación de la colección de relatos *Giftras* (*Casarse*) y sí dice textualmente que escribir en francés es «el castigo que él justamente «impone» a sus compatriotas.

En cualquier caso, la tarea de descripción global a que antes se aludía se presenta como una empresa poco realista si no se incluyen como factores determinantes los lugares de la cultura y los nomadismos literarios contemporáneos. Esto nos conduce al campo literario de Bordieu y a una nueva alusión al mecenazgo de Even-Zohar, introduciéndose ahora elementos como la ideología, el componente económico —la censura del dinero— y la cuestión del estatus, que determinarán tanto los títulos elegidos para su traducción en cada país como el tipo de traducción, *minorizante* o *fluida* (Venuti), según el original responda respectivamente al *gusto legítimo* (clásicos) o al *gusto popular* (éxitos de ventas), de acuerdo con la terminología de Bordieu. Quizá habría sido conveniente precisar que el cumplimiento más o menos sistemático de dicha distribución debería venir garantizado por la suposición escasamente fundada de que el traductor profesional acatará los designios e imposiciones de la editorial más allá de las normas de formato, las llamadas «normas de estilo», que nada tienen que ver con el estilo literario, lo que sería una actitud tan improbable como reprochable.

La «creación» de éxitos de ventas provenientes de culturas *periféricas* y su irrupción —merced a las nuevas tecnologías y a la sociedad de la información, como se señala, pero ante todo, cabría añadir, merced a la traducción— en el mercado mundial y, por tanto, también en el de las culturas *hegemónicas*, puede llamar la atención de dichas culturas sobre otros autores de la cultura periférica y contribuir al crecimiento mutuo del *capital cultural*, salvo en el caso de ciertas editoriales italianas —precisamente nada ejemplares en su labor de difusión del repertorio— que, como se señala con el apoyo del estudio que Negaard realiza sobre el panorama en Italia, tienden a imponer al traductor italiano la eliminación de los elementos ajenos a la cultura a la que se traduce, asimilando el resultado a la cultura local, particularmente cuando se trata de éxitos de ventas o de literatura *menor*.

Al hablar del sistema internacional de traducciones, es decir, de los parámetros que supuestamente ordenan la gran actividad traductora que han favorecido las nuevas tecnologías y la erosión de las fronteras, la traducción y sus artífices parecen presentarse como ingredientes necesarios para el discurso, pero en relación ancilar con respecto al andamiaje teórico en que éste se sustenta y desvinculados de la realidad, lo que puede conducir a justificaciones dudosas y a la subversión de las premisas del juicio.

En este sentido, al referirse a lo que Even-Zohar llama *repertorio*, no parecería lógico afirmar que editoriales, periódicos y universidades —es decir, los agentes que favorecen o impiden la difusión de obras literarias originales y traducidas— son sus *creadores*, y reducir a los agentes directos o auténticos creadores —escritor y traductor— a la condición de circunstancia sentenciando que tal repertorio se construye *mediante los procedimientos de invención* (escritor) e *importación* (traductor). El procedimiento central en la obra es, naturalmente, el de la importación, cuyo papel se ha subestimado macroscópicamente, esto es, en el panorama de los estudios del tejido literario de una lengua —tal y como se señala—, pero también microscópicamente, como demuestra por ejemplo el hecho de que se cite al Nobel polaco C. Milosz traducido al español de su versión italiana, según se indica, sin mencionar al traductor italiano, autor del original de la versión española.

En los casos en que las editoriales italianas omiten en las páginas de créditos —o en el conjunto del paratexto— de obras originalmente escritas en «lenguas minoritarias» la información relativa a la procedencia o residencia del autor y a la lengua original, puede conjeturarse que nos hallemos ante un fenómeno de «creación de textos *globalizados*», como se sugiere, pero también podría hablarse simplemente de malas prácticas por parte de esas editoriales, que le hurtan al lector unos datos de interés para él y le niegan al traductor una parte consustancial a su identidad profesional.

Finalmente, se aborda en el último capítulo el tema de la traducción literaria y la globalización de los mercados culturales, donde se parte nuevamente de Bordieu y su teoría del campo literario al que, siguiendo a Cordón, se incorpora el concepto de *visibilidad* (aplicado en el estudio a la obra y al escritor, no a la traducción ni al traductor que, paradójicamente, apenas cuentan como elementos decisivos para el éxito de un libro traducido) y el papel determinante de los medios de comunicación en la consolidación de dicha visibilidad, cuyo marcador más representativo son «las listas de libros más vendidos».

En las conclusiones se alude a la importancia de este tipo de trabajos para los investigadores y para «los actores en materia cultural», y se señala la imposibilidad de reflejar con ellos ni el estado real del mercado editorial de cada país ni el grado de apertura de los mercados editoriales. Se subraya el papel decisivo de los medios de comunicación en la promoción de «la práctica de la traducción», y el peso de los criterios económicos editoriales a la hora de elegir entre lenguas *centrales* y *periféricas*.

Para concluir, es muy de lamentar la ausencia de revisión editorial que, de haber existido, habría eliminado sin duda la gran cantidad de erratas (de expresiones truncadas, puntuación y acentuación, entre otras) que salpican la obra.